

RECUERDOS Y FANTASIAS.

INTRODUCCION.

Broté como una yerba corrompida
Al borde de la tumba de un malvado,
Y mi primer cantar fué á un suicida;
¡Agüero fué por Dios bien desdichado!

Al eco de este cántico precito
Dijo el mundo escuchándome: "Veamos;"
Y sentóse á mirarme de hito en hito:
Y el mundo y yo por mi primer delito
Desde entonces mirándonos estamos.

Dejemos á los muertos en reposo
Y que duerman en paz, si es su destino,
Harto harémos en mar tan proceloso
Como es la vida en encontrar camino.

Yo el mio me busqué por las turbadas
Ondas de aqueste mar, y mi barquilla
Por medio de otras muchas que estraviadas
Vogar sin rumbo ví desesperadas,
Procuré conducir hácia la orilla.

Velé, gemí, con angustiado lloro
Volvíme al cielo y acudí á la ciencia:
¡A la ribera tocaré! Lo ignoro;
Solo sé que la tengo en mi presencia.

Al verla, aunque de lejos, lancé un grito,
Y á impulso de recóndito misterio
Dióle la soledad eco infinito,
Y fué, tornado en cántico maldito,
Y espirar en mitad de un cementerio.

Yo sentí que la turba me aplaudia
Y ánsio de gloria al corazón hallando
Dije dentro de mí: "la tierra es mia."
Y con mayor afán seguí cantando.

Creí de Dios mi soberano aliento,
De arcángel mi poder; mi alma altanera

Me arrebató hasta el alto firmamento,
Y la region azul del vago vientos
Estremecí con mi canción primera.

Atras dejé las águilas que miran
Con ojo audaz al sol, atrás quedaron
Las nubes que relámpagos respiran,
Los soles mil que por espacios giran
Donde mortales ojos no llegaron.

Creí el mundo á mis piés, alcé la frente
Para cantar mi orgullo, y mis oídos
Del medio de una nube refulgente
El acento de Dios omnipotente
Oyeron de pavor estremecidos.

"Canta, dijo una voz, tal es tu suerte,
Pero canta en el polvo que naciste,
Allí donde jamas han de creerte:
Canta la vida, mientras va la muerte
A sí llamando tu existencia triste."

Dijo, y me echó á la tierra y á la vida,
Y al impulso de su hálito divino
Con cántiga risueña ó dolorida
La soledad alivio del camino:
Y cumplo así la ley de mi destino.

I.

Inunda paz sabrosa,
Mi corazón tranquilo,
Y dichas y deleites
Encuentro por do quier:
Mi sér halló en mi alma
Inalterable asilo,
Mi espíritu respira
El ámbar del placer.

Ya nada me atormenta,
Ni envidia ni deseo:
Mi espíritu al abrigo
De la tormenta está:
Pasar á las edades

Indiferente voo,
Mecido en dulces sueños
Mi pensamiento va.

Y á veces me arrebató
Mi loca fantasía
En alas de su jóven
Fecunda inspiracion;
Y á un mundo me trasporta
De encanto y de armonía
Do gozan mis potencias
Espléndida ilusion.

Mi espíritu se libra
Del cuerpo que le encierra,
Y grande y poderoso
Como su Dios se cree,
Y alcanza desde el zénit
A la lejana tierra
Cual punto en el espacio
Que apenas no se ve.

Y el orbe ante mis ojos
Desplega los misterios
Que impulsan la infinita
Y escelsa creacion;
Y hollando los escombros
De troncos y de imperios,
Revienta en armonía
Mi libre corazón.

Cuanto es en los espacios
Su sér me patentiza:
Un templo ante mis ojos
El universo es,
Y todo en su recinto
Se ensalza y diviniza,
Y la creacion entera
Tendida está á mis piés.

No hay canto ni suspiro,
Lamento ni murmullo,
Cuyo eco misterioso
Finjir no sepa yo,
Que mi niñez mecieron
Los bosques con su arrullo
Y su creencia santa
La soledad me dió.

La música comprendo
Que en las volubles hojas
Resuena á la presencia
Del céfiro fugaz;
Y entiendo en el otoño
El ¡ay! de sus congojas
Con que piedad imploran
Del ábrego tenaz.

Yo sé cómo susurran
Con diferentes voces
Marchitas en Setiembre
Jugosas en Abril:
Ya rueden con el polvo

En círculos veloces,
Ya con su toldo verde
Cororen el pensil.

Yo entiendo de las aves
Los cánticos distintos,
El saludar al alba
O huir la tempestad;
Buscando de las selvas
Los cóncavos recintos,
En donde alegres gozan
Salvaje libertad.

Entiendo el agorero
Graznar de la corneja,
La ronca voz de buitro
Que huele su festin,
Del solitario buho
La temerosa queja,
Y el amoroso trino
Del ágil colorin.

Y el ruido con que vuela
La errante mariposa,
Los pasos de la oruga
Sobre la fresca flor,
El desigual zumbido
Con que anda codiciosa
La abeja, de su cáliz
Volando en derredor.

El sol con que su nido
Columpia la oropéndola
Del álamo frondoso
Suspense en la altitud,
Y los murmullos que alzan
Las ráfagas meciéndolas
Haciendo revoltosas
Eterna su inquietud.

Los mágicos rumores
Que elevan diferentes
Las diferentes aguas
Del bosque ó del jardín,
Cuando los montes sulcan
Sus rápidos torrentes,
Cuando en los valles buscan
Sus arroyuelos fin.

Y el temeroso acento
De las voraces fieras,
De la tormenta ronca
El iracundo son;
En mis oídos posan
Las notas lisonjeras
Que ensalzan y armonizan
La inmensa creacion.

Conozco de los astros
La incógnita carrera,
Del ángel que los guía
La luminosa faz,
Y la del ROSTRO SANTO

Que en ellos reverbera
Torrentes derramando
De vida y claridad.

Las nubes le saludan
Con majestuoso trueno,
La atmósfera le enciende
Relámpago veloz,
La tierra le abre humilde
Su perfumado seno,
Y el mar canta su gloria
Con incesante voz.

Si airado pestaña,
Los mundos se estremecen;
Si toma el rostro, yacen
En muerta oscuridad;
Si su álito les niega
Caducan y envejecen:
El solo es la existencia,
La luz y la verdad.

Para *El* tiene tan solo
La eternidad guarismo,
Y número los astros,
Y las edades fin,
Y límite el espacio,
Y término el abismo,
Y nada se le esconde
Por lóbrego ni ruín.

Su dedo es la balanza
Que en equilibrio tiene
La máquina gigante
De su alta creacion,
Y cuanto en ella existe
Su dedo lo mantiene,
Y ese es el Dios que canta
Mi lengua y mi razon.

Y voz no hay ni suspiro,
Lamento ni murmullo,
Cuyo eco misterioso
Por *El* no entienda yo,
Que mi niñez mecieron
Los bosques con su arrullo,
Y su creencia santa
La soledad me dió.

LOS BORCEGUIES. DE ENRIQUE SEGUNDO.

ROMANCE.

Riñeron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñeron,
Que fuera Caín el vivo
A no haberlo sido el muerto.
Valiente llaman á Enrique,
Y á Pedro tirano y ciego,
Porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto.
[Romancero general]

I.

Después de la cruel tragedia
En que murió el rey Don Pedro
A manos de una traicion
De serviles extranjeros,
Su matador Don Enrique
Gozó en calma largo tiempo
La corona de su hermano,
Por la fuerza ó por derecho.
Aunque de sangre bastarda,
Cuentan de él famosos hechos,
Liberalidades grandes
De real corazon ejemplares.
Dicen que á Castilla dió
Gran prez y engrandecimiento,
En paz viviendo con todos
Por la fuerza ó el ingenio:
Y Aragon, Francia y Navarra,
Y Portugal, le temieron,
Y le temblaron los moros
Aun teniéndole tan lejos.
;De la voluntad de Dios
Incomprensibles secretos,
Mas donde van siempre juntos
Los castigos y los premios!
Vivió dichoso este rey
Tras el fratricidio horrendo,
Fama conquistando y nombre
De liberal y de recto;
Lo cual celebran los malos
Y desespera á los buenos,
Que no hay mas ley que la fuerza,
Ni mas justicia, creyendo.
Mas bien se ve en Don Enrique,
Por la muerte que le dieron,
De Dios la recta justicia
Y la igualdad de los cielos.
Con hierro mató á su hermano,
Y él acabó con veneno:
Por extranjeros matóle,
Y á él matáronle extranjeros.

Veía el rey de Granada,
Ayudador de Don Pedro,

Del reino de Don Enrique
La prez y acrecentamiento.
Veíalo, recelando
Que la memoria de aquello,
Y el rencor que produjera
De Don Enrique en el pecho,
Aun en él se alimentaran,
Fermentando en el silencio:
Y el moro pensó en sí mismo
Y pensó con mucho acierto.
Veló, inquirió con astucia
De sus espías por medio
El grande apresto de guerra
Que el de Castilla iba haciendo:
Y al ver la paz asentada
Con los inmediatos pueblos,
Y á los monarcas cristianos
En amistad y sosiego,
Penetró del rey Enrique
El oculto pensamiento,
Y otro pensamiento oculto
Pensó oponerle resuelto.
"Amigo fuí de su hermano
(Dijo el moro): él es soberbio,
Y el ultraje no ha olvidado,
Y está á volvérmelo atento.
Ganémosle por la mano;
Y astutos al defendernos
Vengüemos con sangre suya
La sangre del rey Don Pedro."

Dijo esto el moro una tarde
Por los jardines amenos
Del alto Generalife,
En solitario paseo.
Y enderezando los pasos
Al alcázar opulento
De la Alhambra, mandó al punto
Que llamaran en secreto
A un moro de grande ciencia
Y en medicinas muy diestro,
El mejor de sus amigos
Y el mas leal de sus deudos.
Vino el moro, y encerrándose
Con él en un aposento,
En larga plática oculta
Hasta el alba se estuvieron.
Nadie lo que hablaron supo,
Nadie jamas cayó en ello;
Los hechos lo revelaron
Y lo aclaró solo el tiempo.
Solo se dijo en Granada
Con recatado misterio,
Que el sabio huía del rey,
Y el rey le echaba del reino.

II.

En Santo Domingo estaba
Don Enrique, muy ufano
Celebraba con festejos
Sus paces con el navarro.
Todo era gozo en la corte,

Todo en la ciudad sarao,
Y luminarias y músicas,
Cañas, toros y caballos.
Andaban los caballeros
Con las bandas y penachos
De los colores del gusto
De ambos á dos soberanos:
Y andaban los trovadores
Con cantares regalados
Las grandezas de ambos reyes
En sus rimas encomiando.
Y andaba el rey Don Enrique
Con largueza real premiándolos,
Ya elogiándolos los versos,
Y ya con oro pagándoselos.
Andaba Villasandino (1).

(1) Alfonso Alvarez de Villasandino y Pero Ferrús, poetas del tiempo del rey Don Enrique II, cuyas cantigas recojió en un cancionero (con las de otros muchos poetas) Juan Alfonso de Baena, escribiente del rey Don Juan, primero de este nombre.—Fué este Villasandino el poeta mas celebrado de su época, no sin razon, y alcanzó los reinados de Enrique II, Juan I, Enrique III y Juan II. Largas son de citar las buenas canciones de este poeta: véanse, sin embargo, dos, la primera suya y la segunda de Ferrús, que manifiestan ademas la buena fama de que gozaba en vida y en muerte el fratricida Don Enrique, razon principal que mueve á citar éstas y no otras.

Decir que fiso Alfonso Alvarez de Villasandino para a tumba del rey Don Enrique el viejo.

Mi nombre fué Don Enrique,
Rey de la hermosa España.
Todo ombre verdad publique
Sin lisonja por fama.
Pobre andando en tierra estrana
Conquisté tierras é gentes.
Agora parad bien mient-s
Quel yago tan sin compañía
So esta tumba tamaña.

Con esfuerzo é lozanía
E o gullo de corazon
Fuí rey de grant nombradia
De Castilla é de Leon.
Puse freno en Aragon,
En Navarra é Portugal:
Granada miedo mortal
Ovo de mí esa sazón,
Recelando mi opinion.

A los míos é á estraños
Fuí muy franco é verdadero.
Poco mas de doce años
Me duró este bien entero.
Nunca creí de ligero
Bien guardé sus privilejos
A fillagos é concejos:
Conosciendo á Dios primero
De quien galardón espero.

Mi alma va muy gozosa
Por dejar t'l capellana.
Tan complida, é tan onrosa
La muy noble Doña Juana,
Muy onesta, é sin ufana,
Reina de lína real,
Mi majer noble, leal,
En todo firme é cristiana,
Quita de esperanza vana.

Dejo á los castellanos
En riquezas, sin pavor:
De todos sus comarcanos
Hoy le llevan lo mejor.
Por su rey é su señor
Les dejo muy noble infante
Don Juan mi fijo, bastardo,
Bien digno é merecedor
Para ser enperador.

Poeta el mas afamado,
Entre la gente de corte,
Vestido á lo cortesano.
Andaba Pero Ferrús
Sus dulces trovas cantando
Desde el alba hasta la noche,
Desde la choza al palacio.

Y en una tarde serena
Del mes de Abril, á caballo
Con su corte el rey Enrique

DECIR de Pero Ferrús al rey Don Enrique.

Don Enrique fué mi nombre,
Rey de España la muy gruesa,
Que por fechos de grant nombre
Meresco tan rica fuesa.
Grave cosa nin aviesa.
Nunca fué que yo temiese,
Porque el mi loor perdiere,
Ni jamás falté promesa.

Nunca yo cesé de guerras
Treinta años continuados.
Conqueré gentes é tierras,
E gané nobles regnados.
Fis ducados é condados,
E muy altos señorios,
E di á estraños é á míos
Mas que todos mis pasados.

En peligros muy estraños
Muchas veces yo me ví,
E de los míos sosnaos
Sabe Dios cuántos sofrí.
Contemprarme sope así
Con esfuerzo é mansedumbre.
El mundo por tal costumbre
Sojuzgar yo lo creí.

Sabed que con mis hermanos
Siempre yo quisiera paz,
Adovieronme tiranos
Buscándome mal asaz.
Quiso Dios, en quien yoz
El esfuerzo é poderío,
Ensalzar mi poderío
E á ellos di mas solaz.

Con todos mis comarcanos
Yo paré bien mi hacienda:
Quien al quiso, amas manos
Ge lo puse á contienda,
E bien así lo entienda.
El que fué mi coronista,
Que de paz ó de conquista
Onrosa quis la enmienda.

En la fé de Jesucristo
Verdadero fui creyente,
E á la iglesia bien quisto,
Muy amado é obediente,
Fis onra muy de talante
Cuanto pude á sus prelados
Seyendo de mil llamados
Señores ante la gente.

Con devocion cuanta pud
Yo servi á Santa María,
Preciosa Vtrgen, salud,
Nuestra dulzor, é alegría.
Por saña, nin por follia,
A santa jamás, nin santo
Nunca yo dije mal, cuanto
Los ojos me quebraría.

E teniendo yo mi imperio
En paz muy asesegado,
Que cobré con grant laserio
Por onrar el mi estado,

Quiso salir por el campo.
Ya comenzaban entonces
Las florecillas del prado
A salpicar de los céspedes
El verde y tendido manto.
Ya iba el tomillo oloroso
Sobre los juncos brotando,
Llenando el aura de aromas
Cuanto mas puros mas gratos.
Ya empezaban á vestirse
De frescas hojas los álamos,

Plogo á Dios que fui llamado
A la su muy dulce gloria,
Do está con grant vitoria.
El su nombre sea loado.

La mi vida fué por cuenta
Poco mas que el comedio;
Cinco años mas de cincuenta *
E cuatro meses é medio.
Písome Dios buen remedio
A mi fin, que yo dejase
Fijo noble que heredase
Tal que non ha sin medio.

Deben ser los castellanos
Por mi alma rogadores,
Ca los fis nobles, ufanos,
Guerreros, conquistadores:
E á Dios deben dar loores
Por los dejar yo tan presto
Mi amado fijo onesto,
De liña de emperadores.

Yo le dejo bien casado
Con la infante de Aragon:
Porque partí consolado
Al tiempo de mi pasion.
A este viene bendicion
E los regnos por linages.
Los que de estoria son sagas
Saben bien esta razon.

Dejo noble mujer buena,
Que es la reina Doña Juana,
Que por todo el mundo suena
Su grant bondad sin ufana.
Non cesa noche é mañana
Facer por mí sacrificios,
Que son deleites é vicios
A mi alma que los gana.

Ella sea heredada
En paraiso conmigo,
Do le tien presta morada
Jesucristo, su amigo.
De hoy mas á vosotros digo,
Vasallos, é mis parientes,
E yo dejo á todas gentes
Este éscripto por testigo.

Quien muy bien esquadriñare
Las razones que en el dis,
E cobdicia en sí tomare
De los fechos que yo fis,
Non engruese la cervis
Echándose á la vilesa,
Nin se paguen de escasesa,
Que á todo mal es rais.

Quien vivir quiere en ledicia
E del mundo ser monarca,
Desampare la codicia,
Que todos males abarca.
Franqueza sea su arca,
Esfuerzo, é bien faser,
Que lo tal suele tener
Mucho bien á su comarca.

* Acaso deberá ser *cuarenta*, pues el cronista dice que murió de cuarenta y seis años y cinco meses.

Y las rojas amapolas
A crecer en los sembrados.
Y todo la primavera
Por do quier iba anunciando,
Con su yerba la campiña
Y con sus trinos los pájaros.
Cabalgaba Don Enrique
Con sus nobles platicando
Por fuera de la ciudad
En pasco sosegado,
Cuando ginete seguro
Sobre un potro jerezano
Vió que hácia ellos llegaba
Solo un árabe gallardo.
Sobre el almete de acero
Rollaba turbante blanco,
Y espesa malla vestia
Bajo el almaizal plegado.
Corvo alfanje y lanza aguda
Llevaba en opuestos lados,
Y con cadenas de plata
El negro potro arrendado.
Y en fin, las prendas que usa ba
La opulencia iban mostrando,
Y su bizarra apostura
Lo noble del africano.
Detuvo el rey su trotón
Un punto para mirarlo,
Y su potro el sarraceno
Tuvo tambien saludándolo.
Quedáronse unos momentos
Mirando uno á otro entrambos,
Hasta que así dijo el rey,
Y dijo así el africano.

EL REY.

Vengas en paz, sarraceno.

EL MORO.

Alá te guarde, cristiano.

EL REY.

¿Adónde va el agareno?

EL MORO.

A buscar al castellano.

EL REY.

¿Pues qué, no da ya Granada
A los creyentes asilo?

EL MORO.

Mina una lengua dañada
El corazon mas tranquilo.
No hay moro que mas resuelto
Servido haya á su señor,
Mas el semblante me ha vuelto
Mohamad, como á un traidor.
Sin lealtad y sin fé
Se olvidó de mi amistad,
Y allí á Mohamad dejé,
¿Alá guarde á Mohamad!

EL REY.

¿Y qué espera del cristiano?

EL MORO.

Diz que es un rey caballero
El vuestro rey castellano
Y á ofrecerle voy mi acero.

EL REY.

¿Y si te recibe mal?

EL MORO.

Continuaré mi camino.

EL REY.

¿Y si osa á tí desleal?

EL MORO.

Me avendré con mi destino.
Mas de ello estoy bien ajeno:
¿Para mí malo ha de ser
Quien para todos fué bueno?
¿Ante él me podeis poner?

EL REY.

Moro, en su presencia estás:
Y tu acendrada opinion
No desmentirá jamas
La fé de su corazon.

EL MORO.

¿Tú eres Don Enrique?

EL REY.

Sí.

EL MORO.

Dame los piés á besar.

EL REY.

No, cabalga junto á mí,
Que quiero contigo hablar.
Picó espuelas Don Enrique,
E imitóle el africano,
Y atravesando la puente
En Santo Domingo entraron.

III.

O el bueno de Don Enrique
Fué crédulo por demas,
O el moro fué por su parte
Sutilísimo y sagaz:
Porque en menos de dos dias
Entre los dos de tratar,
Entre ambos á dos habia
Estrechísima amistad.
Ya fuera que el africano
Descubriese desleal
A Enrique graves secretos
Del rey moro Mohamad;
Ya fuera que el rey Enrique
Se los quisiera arrancar
Con una sagaz política
A la del árabe igual;
Ya fuera que ambos á dos
Se intentaran engañar,
O ya que los dos obrasen
Con hidalga lealtad;

Para el árabe y sus nobles
Rápidamente apercibe.
Y hora y sitio, y compañía
Señala, busca y elije,
Y alegremente cabalga,
Parte, y la corte le sigue.

V.

Está el sol resplandeciente,
Y purísima la atmósfera,
Y el azul del firmamento
Sombrias nubes no entoldan.
Solo á trozos le salpican
De ráfagas voladoras,
Al impulso arrebatadas
Nubecillas caprichosas:
Vapores tornasolados
Que así varían de forma,
Como varían de sitios
Hasta que al fin se evaporan.
Risueño está el día, amena
La campiña, encantadora
La caza de cetrería
En que los del rey se gozan.
A inmenso trecho en el aire
Los neblíes se remontan,
Sin que los pierdan de vista
Los cazadores. ¡Qué airosa
Se cierne libre en los aires
Sobre sus alas, y esponja
Su fina y rizada pluma
La garza provocadora!
¡Cómo se burla del vuelo
De las aves temerosas
Que la huyen, y á quien persigue
Revolando juguetera!
¡Cómo en torno de su presa
Gira y revuelve, y la acosa,
Y en su derredor circula
De su torpeza por mofa!
Ya al parecer libre y salva
Dejándola, el vuelo acorta,
Ya á perseguirla volviendo
Se precipita afanosa.
Tiembala la avecilla débil,
Canta el ave triunfadora,
Y en espiral rapidísima
Caen á la tierra una y otra;
Y el lance á juzgar alegres
Los cazadores se agolpan,
Y con aplausos y risas
A celebrar la victoria.
Contentísimo está el rey,
Contenta la corte toda,
Y las damas que esto miran
Desde una empinada loma.
El halcón negro de Enrique
Es quien lleva por ahora
El honor de la partida.
¡Con qué humildad tan donosa
Hace la presa, la abate,
A los pajes la abandona,

Y á Don Enrique volviéndose
En la mano se le posa!
¡Y cómo el rey le acaricia
Y en su palma le coloca,
Y esponja el ave sus plumas
Agradecida y gozosa!
Lánzala, y rauda se eleva,
La llama, y se abate pronta:
Dijeran que oye y comprende
Las palabras de su boca.
El sarraceno, que el arte
De la cetrería ignora,
Porque no es arte seguido
Por la raza de Mahoma,
Su incomparable destreza
Prueba, con dardos que arroja,
Que desde el caballo lanza
Y desde el caballo toma.
Hienden el aire silbando
Con rapidez prodigiosa,
Y tan certeros los tira
Que á los mas diestros asombra.
Su esclavo negro le sigue
Sobre yegüecilla torda
De ruin estampa, mas fuerte,
Incansable y corredora.
Y este recoge los dardos
De su amo, que al suelo tocan,
Al estilo de los árabes,
Con mano segura y pronta,
Sin abandonar el lomo
Del animal en que monta,
El cual lleva en su carrera
La tierra al vientre tan próxima,
Que inclinándose el ginete
Sin que apenas se conozca,
Ase el dardo que está en tierra,
Aun sin mirar si lo cobra.
Tanto puede la costumbre,
Tanto la práctica logra,
Y tanto á los castellanos
Por eso entrambos asombran.

En esto, y cuando en los aires
Mirada firme y ansiosa
Todos clavada tenían
En una torcaz paloma
Que, de un halcón perseguida,
Iba á la herida traidora
Del dardo del sarraceno
A caer, si le era próspera
Como siempre su certeza,
Cubrióse la tierra toda
De oscuridad tan espesa
Que el día fué noche lóbrega.
Sintieronse al punto todos
Presa de mortal congoja,
Sin que pudieran sus ojos
Penetrar aquellas sombras.
Barrió el suelo un viento rápido
Y helado, y cuando á la atmósfera
Oscura se hizo la vista
Con hondísima zozobra,

Vieron lucir las estrellas
Que el firmamento tachonan,
Creyendo que de repente
Menguaba el día seis horas.
Faltó el aliento en los pechos,
Faltó la voz en las bocas,
Y todos ante el prodigio
Callando tiemblan ú oran.
Solo el árabe y su esclavo
Que están platicando notan,
Y aquel fenómeno aplauden
Con una alegría loca,
Y escuchando los cristianos
Su algazara escandalosa,
Por sortilegio lo juzgan,
Por brujería lo toman.
Hasta que á pocos minutos
Asomando luminosas
Del encapotado sol
Las resplandecientes orlas,
Volvió poco á poco el día,
Volvió á ausentarse la sombra,
Y el moro esplicó el eclipse (1)
A la comitiva absorta.
Mas aunque entendieron todos
Que esas señas espantosas
De este vistoso fenómeno
Son las circunstancias propias,
A nadie arrojar fué dado
Del corazón la congoja,
Ni nadie siguió tranquilo
En caza tan azarosa.
Tornaron, pues, en silencio
Con faz decaída y torva
A la ciudad que dejaron
Con risa tumultuosa.
Quejóse el rey de cansancio,
Y tras noche asaz incómoda
No pudo al día siguiente
Salir por sí de su alcoba.
Vinieron con tal noticia
Los sabios de la redonda;
Y declararon unánimes
Que el mal del rey era gota.

VI.

Pasáronse así dos días,
Y así se pasaron seis,
Y así se contaron nueve,
Y rayaron en los diez:
Y en ellos las medicinas
Solo sirvieron al rey
Para entender que la muerte

(1) A diez y seis del mes de Mayo, un lunes despues de visperas, fizo el sol eclipse, é se oscureció todo él, que non se veian los ornes unos á otros, é aparecieron las estrellas en el cielo, así como si fuera media noche: é duró aquella oscuridad una hora. é falleció el rey el lunes á treinta del mismo mes.

Esto dice la crónica de este eclipse; la sola variacion que hay en el romance es el atraso de un día, porque yo lo he fijado en mártres y no en lunes como aconteció.

Le asaltaba por los piés.
Llorábale su hijo el príncipe
Y la reina su mujer,
Y mas que todos el moro
Se hacia al llanto por él.
Iba y venia afanado
Los calmantes á traer,
Y á preparar los remedios
Con cuidadoso interes;
Y como era hombre entendido
Y el rey le queria bien,
Murmuraban de ello muchos,
Mas le dejaban hacer.
Mirábanle los doctores
Con ojeriza tambien,
Mas á raya se tenían
Respetando su saber.
Que era el árabe en su ciencia
Hombre de tan alta prez
Que no hubo quien en Castilla
Se le supiera oponer.
Y en las juntas que les plugo
Reunir alguna vez,
Siempre que él tomó la plática
Fuerza á los demas les fué
Convenir exactamente
En lo propuesto por él,
Y á sus opiniones siempre
Y á sus razones ceder.
Y con tanta confianza,
Con tan recta sencillez
La enfermedad esplicaba,
Y daba su parecer
Con tanta y tan sana lógica,
Con tan candorosa fé,
Que nadie que le escuchaba
Le dejaba de entender.
Y los remedios servia
Al real enfermo despues
Con tan sincero cariño,
Con exactitud tan fiel,
Que nadie le pudo tacha
En su servicio poner.
Y en el tiempo que duró
Aquella dolencia cruel
Todas las noches velando
Estuvo el árabe al rey.
Sus largas noches de insomnio
Le sabia entretener
Con orientales historias
Mas sabrosas que la miel.
Los monteros le escuchaban
Embebidos á su vez,
Y el mas suspicaz no supo
Desconfiar ni temer.
Si alguna vez Don Enrique
Le miró con esquivéz
A impulso de los dolores
Que le hacian padecer,
Mesaba el moro su barba
Y se trataba de infiel,
De triste y desventurado;
Y sin tenerse mereed